

pios republicanos y democráticos, estrechando las relaciones de Colombia con esa nación, para venir luego a Venezuela a hacer una consumada apología de nuestros más preciosos derechos.

No ví jamás al doctor Murillo ni escuché su voz, por haber llegado yo a esta ciudad, nodriza hospitalaria de los mendigos del saber, hace cuarenta años, al mismo tiempo que la muerte atajaba los pasos de este claro varón, cuyos rasgos estoy delineando, tal vez temerariamente; pero sí conversé mucho con amigos suyos que después fueron amigos o protectores míos, y especialmente con el humanista y profesor don César Guzmán, tan afable como instruido y bondadoso, y que contrahaciendo el habla del ilustre repúblico, me refería a veces sus hechos y dichos menudos, como los facta et dicta que conservó Valerio Máximo en su historia de algunos personajes romanos, y me recordaba especialmente el apoyo y afición con que Murillo estimulaba a los jóvenes, cualidad de verdaderos políticos que distinguió igualmente a hombres como Caro, Berrío y Núñez. También con los doctores Galindo y Valenzuela tuve la fortuna de hablar, y ellos al mismo tiempo que me favorecían con sus indicaciones y consejos, me hacían